

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Los problemas sociales

El servicio civil obligatorio

La prensa inglesa y norteamericana comenta una proposición lanzada en un periódico de Berlín por el doctor Kleefeld, y que de ser acogida por el Gobierno y la opinión pública de aquel Estado, podría transformar en muy poco tiempo, relativamente, las condiciones económicas y sociales de la nación.

El doctor Kleefeld examina con imparcialidad, sin ideas partidistas, la situación gravísima porque atraviesa Alemania, y declara que sin un esfuerzo gigantesco del pueblo en masa y de las clases directivas no será posible alzar de su prostración antes de muchos años a aquel pueblo abatido.

Para ello, propone que todos los hombres útiles, de 20 a 30 años de edad, rindan a su país un año de trabajo en cualquiera de las actividades esenciales para la vida, especialmente en los campos agrícolas, en las ciencias militares y en las industrias de transportes. Expone, además, como procedimiento práctico para realizar el proyecto, el servicio obligatorio industrial, estableciéndolo del mismo modo que se instituyó el servicio obligatorio militar.

Las ventajas económicas del proyecto son por lo pronto de gran consideración. Por él se aditona un millón de hombres al ejército real de los productores de riqueza, aumentando la de la nación en millares de millones de marcos anuales; se reconstituye económicamente Alemania y se le capacita para satisfacer las indemnizaciones a que por el Tratado de Versalles está obligada.

Este proyecto se ha de completar con el de nacionalización de los yacimientos y de los transportes.

El resultado más vital del proyecto de la sustitución del servicio militar por el de industrial sería su influencia sobre la mentalidad del pueblo alemán.

Pero más que este aspecto práctico y nacionalista reconocido por la prensa anglosajona nos interesa a nosotros la significación ideal y el valor social.

El servicio civil obligatorio es una de las conquistas de la revolución rusa. Y creemos que es el peso más firme en la socialización de la vida; más eficaz aún que la misma socialización de la propiedad y de los instrumentos del trabajo. Porque si no socializamos el corazón y la actividad de hombre ¿de qué nos sirve socializar las cosas?

PRENSA BUENA Y MALA

Las grandes calumnias de la Prensa

Zola, el inmundo Zola, el más asqueroso de los escritores que ha envilecido la literatura francesa, y el que más almas ha manchado con el fango hediondo de sus novelas, se trasladó a Lourdes en 1892 con el pretexto de apreciar por sí mismo las curaciones maravillosas que allí se operan, pero con el propósito evidente de hacer un lucrativo negocio con un asunto que había de estimular inmensamente la curiosidad de sus innumerosos lectores. Emblema Zola tuvo la oportunidad de ser testigo de la sorprendente y repentina curación de una dama francesa llegada a Lourdes en los mismos días con certificaciones de los eminentes doctores Marguesi y Germán óg, que reputaban incurable la doble enfermedad de tuberculosis pulmonar y de lupus que la aquejaba. No obstante la evidencia del prodigio, Zola tuvo la audacia de afirmar en su novela histórica de Lourdes, como él llama, y que no es sino un relato calumnioso y blasfemo contra la Madre de Dios, que la citada curación no era sino un engaño, resultado de una sugestión nerviosa; que él había visto a esa misma dama (a la cual da en su novela el nombre supuesto de Grivotte) regresar de su enfermedad, hasta el punto de haberle causado la muerte en el mismo tren que la conducía, antes de arribar a la estación de Burdigou.

Apenas conocida del público esa mentida afirmación, la dama milagrosamente sanada, y en compañía del célebre Dr. Rossatris, jefe del Tribunal de curaciones médicas en Lourdes, presenció ante el mismo Zola para espantarle en rostro la misteriosa

invención de que era falsa su curación y de que había muerto de su antigua enfermedad.

«—Bien reconocerás, señor Zola, que yo soy la misma a quien viste sanar milagrosamente en Lourdes, y de que Dios me prolonga, por su misericordia, la vida para publicar por todas partes el poder y la bondad de María Inmaculada.»

Aterrido y desconcertado Zola en el primer momento, se repuso en seguida para dar esta respuesta, que basta para medir su honradez y veracidad como escritor:

«—Señora, nada me importa lo que estás diciendo. Yo soy novelista, y mis son los personajes que he creado; tengo el derecho de hacerlos vivir y morir cuando me conviene (1).

La contestación, como se ve, es desamparante y digna de un novelista histórico que había protestado decir la verdad, toda la verdad, sobre Lourdes. Y los millones de lectores que conocían los prodigios de Lourdes por la novela de Zola, se habrían tragado sus calumniosas aseveraciones, quedando convencidos de que así son todas las curaciones de la prodigiosa gruta.

Cuando en 1908 se celebró en Lourdes el quincuagésimo aniversario de la milagrosa aparición, desfiló ante la gruta un notable grupo de más de cuatrocientas personas de toda edad y de diversas condiciones sociales que en el curso de los cincuenta años desde la aparición de Lourdes en 1858 habían recibido el beneficio de la curación repentina de gravísimas enfermedades. Todas llevaban en las manos un hermoso galardete en que estaba grabado el nombre y la fecha de la respectiva curación. Una de las famosas ostentaba la siguiente inscripción: «Marie Lebouchu, Secretaria de la Obra de San Pablo para la Prensa católica, sanada en 20 de Agosto de 1892.» La multitud aplaudía a la dama portadora. Era la Grivotte del relato de Zola. Este ya había dado cuenta a Dios seis años antes, después de una muerte desgraciada digna de su vida. Esta continuaba siendo una protesta viva y elocuente contra las calumnias de la Prensa Impía.

(1) Puede verse el relato de este hecho en la «Historia crítica de Lourdes» por Mr. Bertrin (parte II, capítulo 2.º), y en «Las olas humanas» de Lourdes, por Huysmans.

Estudios Sociales

Aunque la impiedad de los malos será tan espantosa y diabólica en los últimos tiempos, que se aumentará con los castigos enviados misericordiosamente por Dios para lograr la conversión de los malos (de lo cual no debemos extrañarnos, pues vemos cada día algunos liberales y masones empeorar y hacerse más impíos con las calamidades públicas): No obstante, la regla general en nuestros días es que los malos se vuelven al Señor con los azotes y debilan la cerviz al yugo suavísimo de su santa ley, como se vió claramente durante el cólera y los terremotos que afligieron las provincias de Andalucía hace algunos años. Y ahora en la guerra.

Y por eso, al ver cuántas conversiones le enviaba Nuestro Señor, exclamaba un celosísimo párroco, arrodillado delante del Sagrario: «¡Señor, Señor! Aunque suya y sin perjuicios materiales, pero envíad un mensito más a la tierra; un mensito más, ¡Señor!».

Un prodigio conmovador

En la peregrinación valentina figuraba un médico muy conocido por sus artículos en revistas científicas, cuyo testimonio vemos insertar a continuación; pero antes convendría recordar que tantas veces condenatorias de los escotes y de las fealdades cortas, como se han hecho oír de labios de los Pretados y de los sacerdotales, han sido sentadas por el prodigio de una militera redimidora y justificadora del Cristo de la Agonía de Limpías y que vamos a reproducir textualmente, copiado de «El Día de Valencia»:

«Muy señor mío: escribo a usted la presente relatando el hecho prodigioso de la transformación del dolor del Santo Cristo de la Agonía que, al igual que yo, presenciaron muchos peregrinos y que yo, observé en la forma siguiente: